

MUSEO ARTIUM DE VITORIA

En tiempos de sequía de satisfacciones espirituales colectivas y de placeres estéticos generales, las inauguraciones de museos de arte moderno adquieren la dimensión política que tuvieron las de pantanos en la dictadura.



La similitud de estos exhibicionismos de la autoridad no carece de fundamento. Pues en ambos casos se trata de mostrar la preocupación de los poderes públicos, en épocas de inundaciones de imágenes plásticas o de aguas torrenciales, por tener asegurados en diques de contención suficientes metros cuadrados de cultura o muchos metros cúbicos de embalse.

Tamaños colosales y firmas consagradas. Es la idea de la grandeza estética que tienen los nuevos Museos. Lo que cuenta a la hora de elegir las adquisiciones son los autores, no las pocas y verdaderas obras de arte que hayan logrado crear en sus extensas producciones industriales de imágenes plásticas. Sobre todo si estas producciones, por ser las peores manifestaciones de su talento artístico, están disponibles y son las más baratas.

El orgullo de la ciudad que inaugura un Museo de la experimentación pictórica no se pone en las bellas obras de arte que pueda contener, y cuya contemplación, de tenerlas, sería fuente de emoción digna de recuerdo, sino en el número de firmas famosas puestas al pie de enormes lienzos o arpilleras, cuyo valor estético no se alcanza a percibir aunque, para no parecer incultos o idiotas, muchos se pavoneen de sentirlo o conocerlo. Es un arte para sectas de iniciados, donde las interpretaciones son tan oscuras o vacías como lo interpretado.

Cuanto más desconocido sea el sentido de lo representado en la imagen, mayor gloria proporciona al artista y mayor complacencia cultural al que, por estar en el secreto de su lenguaje esotérico, la admira como obra de arte. Una reflexión parecida la encontré por primera vez en Baudelaire.

Con más tristeza que placer recorrí las salas subterráneas del Museo Artium de Vitoria, donde sólo me topé con media docena de obras interesantes, el día en que se inauguró el altísimo cilindro metálico ubicado en la plaza delantera de su fachada.

Ese mástil en tierra firme se llama escultura de «La Mirada» porque en su cúspide tiene, como en las máscaras de hierro, una estrecha rendija horizontal. La vulgar altura de la obra no es tan grande como la soez palabra fálica de su acoplejado autor. Nunca he presenciado mejor exhibición de mal gusto que en la explicación dada por este «artefactor de constructos mecánicos».

Las obras interesantes tienen valores estéticos que no pertenecen al reino de las bellezas artísticas. Pero el hábito puede hacerlas entrar en él. Eso pensaban los vanguardistas de ayer y retaguardistas de hoy. El rasgo de lo interesante en el arte,

como en la mujer, no puede reducirse al gusto por lo sensorial o por lo exigido en los mercados de la moda. Mientras que en la belleza hay una llamada a la inteligencia del instinto, lo interesante convoca a la inteligencia de la razón. Por eso pudo decir Adorno que, sin ser un sello de la verdad, lo interesante en el arte se ha hecho hoy condición necesaria de la misma.

Los cosas y las personas son interesantes cuando están entre algo esencial (inter-esse) para la vida, sea la proximidad a una utilidad o la cercanía a una autenticidad, que sin embargo no llega a definirlos.

Ése es el misterioso atractivo de las obras de arte que, no siendo formalmente bellas ni emocionalmente atractivas, son interesantes como promesas de formas expresivas futuras o como intrigas alegóricas al desconocimiento del sentido de la vida. Lo interesante legitimaría las obras abstractas si la misión primordial del arte no fuera dar placer, sino conocimiento o cultura.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA FALSA FE EN LA EDUCACIÓN

El error de los «ilustrados» en su intento de mejorar nuestra sociedad fue depositar una fe unilateral en la educación, olvidando el movimiento conjunto de transformación y de conquista del poder que tal intento exige. A



ello me refería en mi anterior artículo, pero el traslado de la acción política al mundo de la educación puede adquirir otras modalidades bastante peores que la representada por la noble e ingenua fe de los ilustrados. Tal ocurre cuando, en presencia de problemas que requieren su enfrentamiento a través de medidas inmediatas y de la adopción de una amplia política, se huye hacia la educación, pretextando que, a través de ella, se creará un futuro mejor en que los actuales males quedarán resueltos. La educación, entonces, se convierte en una escapatoria. La intervención sobre un presente insatisfactorio es cómodamente abandonada en nombre de un supuesto futuro mejor que brotará de la magia educativa. Un terreno especialmente propicio para esta evasión es el que ofrece el necesario combate contra las conductas discriminatorias, sexistas o racistas. También la superación de tendencias antidemocráticas y autoritarias resulta susceptible de ser falsamente enfocada

en esta perspectiva. E incluso ante los problemas laborales podemos observar este peculiar modo de refugiarse en una falsa conciencia tranquilizadora y autojustificativa.

Así, más de una vez, al criticar el «machismo» o patriarcalismo de nuestra sociedad no se deja de escuchar un peculiar discurso. Es cuestión de tiempo, dicen algunas voces. Procuremos dar a las nuevas generaciones una educación asentada en la igualdad en dignidad y derechos entre ambos sexos y la actual prepotencia masculina con la relegación del mundo femenino desaparecerá. Incluso en ocasiones se confía en medidas tan ingenuamente simples como la de que las niñas practiquen el fútbol y los niños se entreguen a juegos clásicamente femeninos o aprendan labores. De un modo más ambicioso y complejo se trata de transmitir al alumnado una visión de la historia y la sociedad en que los vigentes esquemas patriarcales sean criticados y superados. Y mientras llegan mejores tiempos se invierten fondos públicos en educar a las mujeres adultas, ofreciéndoles enseñanzas tan liberadoras e importantes como hacer macramé.

En el terreno del racismo, de modo análogo, se pretende que la convivencia escolar entre miembros de distintas razas étnicas o clases, si es conducida igualmente, llevará a los escolares, cuando sean adultos a comportarse sin discriminación. Lo cual, también, por supuesto obligará a revisar la enseñanza en campos tales como el de la historia, troquelada hoy por las mitologías nacionalistas, etnocéntricas y de clase.

Naturalmente no pretendo negar que aquí se descubre un importante, realmente imprescindible, campo de trabajo para la transformación de nuestra sociedad y la consecución de unas relaciones más justas y nobles entre los seres humanos. Lo que crítico es la reducción evasiva e inhibitoria de la acción a este mundo. Tan nocivo como olvidar el papel de la educación es entregar a ésta en exclusividad la responsabilidad del futuro. Y convertir a los educadores en los sustitutos de políticos que abandonan su necesario protagonismo. Porque la educación, como indicaba en anteriores artículos, no constituye un reducto aislado. Y los fenómenos de discriminación sexista y racial brotan de profundas raíces, de intereses económicos y de dominio que impregnan toda nuestra sociedad y bombardean al niño que se quiere formar, apenas salido del aula. ¿Qué huella puede dejar, entonces, en el alma de éste el maestro mejor dotado e intencionado?

Un sector en que se muestra especialmente crítica la apelación a la educación como instancia resolutoria de los problemas es el laboral. Ante la penuria del desempleo y del trabajo precario se evita atacar la deficiencia de nuestro sistema económico y productivo y aún se puede oír la afirmación de que lo importante es contar con una mejor preparación en la mano de obra. ¿Qué les diremos a nuestros licenciados y licenciadas universitarios, trabajando de camareros o fregando pisos? ¿Que deben hacer cursillos para realizar mejor tales tareas?

Carlos PARÍS

SUCESOR DEL SUCESOR

Ni debe sorprender ni es ilógico que en una estrategia de oposición, como la de Zapatero en el PSOE, se contemple el ataque con todos los medios a quien se supone que puede ser el sucesor de Aznar en un futuro, es decir a Rodrigo Rato. Máxime siendo el vicepresidente un peso pesado y presumiendo Zapatero de que puede tener que vérselas con él en las generales. Eso explica la actuación socialista cuando Gescartera y su empecinamiento ahora con el BBVA en busca de implicaciones políticas como sea, tratando de evitar un segundo fracaso. Pero eso no significa que lo hayan hecho mal, sino más bien indica que Rato es más sólido de lo que creían. Desde que llegó al Gobierno para dirigir la economía ha ido paso a paso estableciendo las

bases para un buen funcionamiento del país con méritos que ni sus enemigos le discuten. En todo este tiempo sólo ha tenido un momento de «bajón», pero lo superó con elegancia, y ahora podría presumir de un control completo de los puntos clave de las finanzas y la economía. Y de esto es precisamente de lo que se ha olvidado el PSOE, a pesar de haberle investigado hasta el tuétano. Pero ése es su problema, como lo será del PP buscarle un sucesor a Rato, si es finalmente el elegido. No es nada fácil, no crean.



Luisa PALMA

